

COMUNICACIÓN Y CONFIANZA EL DIÁLOGO ROTO ENTRE LA CIUDADANÍA Y SUS DIRIGENTES

Por Hartmut Hentschel ♦

♦ Abogado. Ex docente de la Universidad de Tübingen (Alemania). Fue colaborador de la Profesora Noelle-Neumann, directora del Institut für Demoskopie Allensbach. Radicado en Argentina, en 1989 fundó DEMOSKOPIA, Instituto para la Investigación de Mercado y Estudios Políticos, que dirige desde entonces.

Si algo no funciona en el Estado y en la Sociedad, y si hay críticas por parte de la población, los políticos y sus respectivos partidos no lo toman como una ocasión para encarar un análisis de situación, estudiando las causas para iniciar cambios. Para ellos, habitualmente, los problemas tienen como fondo sólo un desentendimiento por fallas de comunicación. Se culpa al mensajero y, entonces, se cambia al vocero, pero no la política.

No hay planificación política, pero sí hay muchos anuncios y promesas. La experiencia indica que tanto los anuncios como las promesas no se cumplen, justamente por falta de planificación y por la ausencia de una política de Estado que -junto con lo económico- integre en su concepto el bienestar social, la salud, la educación o la seguridad para proteger, por lo menos mínimamente, la integridad física de los "gobernados".

Para el ciudadano es visible en la dirigencia la falta de predisposición al trabajo. No hay rendimiento. Las dificultades para mostrar algo que justifique su existencia, que podría animar a votar, obliga a los gobernantes a escaparse de la realidad montados en campañas de imagen. Se juega al Teatro, y no a todos les gusta dia-

logar con políticos disfrazados como actores por sus publicistas.

El vacío conceptual, el hecho de que -generalizando- no es la política lo que está en el centro sino sólo la excusa, el medio para otros fines, hace reemplazable a los dirigentes por publicistas, o los así nombrados "marketineros políticos", con frecuencia absolutamente inexpertos en política, dedicados no a la política y sus contenidos sino a la venta del candidato.

En ese esquema el diálogo no tiene lugar. A las campañas publicitarias las caracteriza siempre el monólogo.

Llegar al poder o el interés por mantenerse en el gobierno es legítimo también en la democracia. Sin embargo, el problema se genera si la ambición de poder se desvincula de la política, en el marco de una cultura política que concibe al Estado como un feudo de los funcionarios de turno. En esa "cultura", la política no es un servicio a la comunidad, sino que la comunidad está al servicio de sus dirigentes. El ciudadano se transforma no sólo en el "gobernado", un concepto poco feliz en la democracia: en esa concepción política el ciudadano se transforma en súbdito, y con el súbdito no se dialoga.

En los discursos escuchamos

hablar del "Pueblo", de la "Nación", pero de hecho se actúa como si el Estado fuera un autoservicio, con una diferencia: lo que se saca de ese autoservicio no lo pagan los dirigentes sino la sociedad.

Desde aquí no es grande el paso hacia la corrupción, que no es sólo un tema de moral, que concede al individuo un cierto margen de acción, sino más bien un tema cultural, si relacionamos "cultura" -además de con arte, música, literatura- con educación, en el marco de una cultura que se expresa en la vigencia de valores sociales. Un parámetro válido para conocer el nivel cultural de una sociedad es observar en qué medida sus valores se transforman en conductas también entre sus dirigentes.

Son éstas algunas razones de la ruptura del diálogo. Pero no son las únicas.

Los motivos de la desconfianza

Cuando el Instituto Demoskopía inició sus actividades en 1989, dedicó uno de sus primeros estudios a la medición de los problemas que afectan a la población. Los resultados fueron desastrosos. Recientes mediciones señalan que ese panorama se agravó aún más en el transcurso del tiempo. ¿Dónde estuvieron los políticos en todos estos años? ¿Qué hicieron?

Se equivocan aquellos que opinan que los políticos tienen una mala imagen simplemente por ser políticos. La mala imagen de los políticos, la brecha entre la población y sus dirigentes tiene, por lo menos en la Argentina, fundamentos concretos. La falta de respuesta, la inacción, la sensación de depender de una dirigencia de sordos no alienta al diálogo. Está destruida la base de confianza, la credibilidad, criterios esenciales e imprescindibles para cualquier tipo de relación. Esa desconfianza no se dirige sólo contra el Gobierno, sino que abarca a los funcionarios de todas las instituciones, de las

cuales se dice que son democráticas pero que no funcionan. Más de un 80% de la población desconfía de la administración pública, especialmente de la policía. Franjas de similar tamaño desconfían de los tribunales, considerando a los jueces dependientes, corruptos e incapaces.

No se debe ver esa desconfianza como producto de la imaginación o de ideologías orientadas a la destrucción de nuestra democracia. La falta de confianza hacia la policía, por ejemplo, se fundamenta en el maltrato como experiencia personal de muchos, en actos de gatillo fácil, de represión, y en su participación directa en el crimen organizado.

La desconfianza en la Justicia, vinculada también con el fenómeno de la impunidad, lleva a grandes partes de la población a la conclusión de que no se vive en un Estado de Derecho, sino en un Estado de Clases que distribuye privilegios, también con respecto a la posición de la persona ante la ley.

Hay otra cuestión que causa la ruptura del diálogo. Para efectuar un reclamo, para hacer una propuesta, ¿con quién debe dialogar el ciudadano? ¿Quién tiene el poder de decisión?

Recurriendo de nuevo a sondeos de opinión, según la población, el gobierno de los Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y otras instituciones financieras, así como también las grandes empresas transnacionales, inciden en la política nacional mucho más que los propios representantes elegidos democráticamente para este fin. Entonces, ¿a quién dirigirse, a Eduardo Duhalde o a Horst Köhler? ¿A dónde enviar reclamos, propuestas? ¿A la Casa Rosada o a

la Casa Blanca? La Argentina recuperó la democracia en 1983 pero, según la percepción de la población, se instalaron en nuestro país nuevos gobiernos de facto sin legitimación democrática.

La ciudadanía se siente sin representantes, lo que se expresa hoy en el slogan "que se vayan todos" o en la idea extrema -en el marco de una reforma política- de que lo mejor sería cerrar los parlamentos. Claro, ¿quién quiere financiar un sistema inútil? No sorprende por eso la queja por el alto gasto de la política en vez de enfocar el tema de cómo se puede mejorar la eficiencia política, que es el verdadero problema. Entre todo, la bancarrota del Estado, la cesación de pagos, no parece ser lo más dramático. En relación con nuestro futuro es más dramática la caída del sistema educativo y, en cuanto a lo inmediato, la caída del sistema de salud, el hambre y la desnutrición. Es esquizofrénico que más de un 50% viva por debajo de la línea de pobreza en el país de la vacas gordas y en unos de los países más ricos en recursos naturales. Conocemos el número de desaparecidos durante la última dictadura militar, pero nadie contó los muertos causados por aquellos que actuaron bajo el paraguas de la democracia.

El juego de los partidos políticos

Sin comunicación las partes se separan. Donde no hay diálogo se generan conflictos. La protesta ha reemplazado al diálogo. Todos tenemos que estar ante una ola de violencia no controlable.

En nuestro modelo democrático son esencialmente los partidos políticos los canalizadores de los intereses y necesidades de la población. Pero la ausencia de los partidos políticos y de sus dirigentes como interlocutores nos ha llevado a la situación de que las propuestas, los reclamos, se canalizan más y más fuera de las estructuras formales de nuestro sis-

tema. Está creciendo la oposición sin representación parlamentaria. Los partidos, por no cumplir con sus funciones, fomentan así el proceso de la desintegración política y social.

No obstante la situación dramática, hay también hoy, por parte de los partidos políticos, un silencio casi total. Silencio no es diálogo. ¿Sigue todo igual?

La autocrítica cuesta, e iniciar cambios incluye la capacidad de autocuestionarse. No se ve en los partidos un movimiento hacia esa dirección. Ni siquiera parecen existir el pudor ni la vergüenza. En vez de sincerarse, se empeñan en negar los problemas. Parece más importante una ley anti-escrache, para salvarse de la ira de la población. El intento de silenciar la protesta no es la solución y concuerda con la metodología de una clase de dirigentes que, refugiada en sus quintas, actúa en defensa de sus privilegios.

Un diálogo requiere siempre

dos interlocutores y es legítimo preguntar dónde estuvo el ciudadano, la población, en los últimos años. Recién después del "corralito" determinados sectores levantaron su voz descubriendo su patriotismo debido a la escasez de dinero en sus bolsillos. La abstención política, el desinterés por el bien común que incluye al prójimo, la reducida participación en la vida social y pública, son temas de no menor importancia y dignos de estudiar.

No siempre el Estado es el espejo de una sociedad, ni tampoco lo es la buena o mala calidad profesional y moral de sus dirigentes. Sin embargo, en el pasado reciente hubo muchas bocas calladas. No se percibieron los necesarios mecanismos de un control social, lo que facilitó a los dirigentes separarse de la comunidad. "Que se vayan todos" no es la solución. Lo que falta es una mayor participación que supere la protesta ◀



Centro de Investigación y Capacitación en Estudios de Opinión Pública

Director: Gustavo F. González

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Av. 44 N° 676 - La Plata (1900)

Buenos Aires - Argentina

Tel/Fax: 54-221-4236783/4246384/4236778

www.perio.unlp.edu.ar